

Un Libro Cada Semana

Cuentos del Pueblo Urbano

por Sebastián Salazar Bondy

El propósito rector de los cuatro cuentos que integran el último libro de José Bonilla Amado (1) es válido en cuanto considera la realidad popular de la ciudad, los problemas sociales que tan gravemente la afectan, el variado cuadro de las psicologías que se da en el tráfigo urbano, como elementos esenciales de una literatura naciente como la muestra. En verdad, la narración peruana debe acudir a la cantera de la compleja vida social de nuestro país, especialmente de aquellos núcleos que por su condición de marginales son víctimas de trágicas cargas de índole económica, moral, espiritual, etc., con el fin de crear una conciencia ardiente de la gura etapa histórica por la cual atraviesa la sociedad local, pero no es menos cierto que esa versión, no obstante su indispensable carácter realista, tiene que ser ante todo literaria. Entiéndase el concepto literario como forma artística, como creación en la que prevalecen, en primer término, los valores estéticos universales.

Dos defectos son visibles en los cuatro relatos de este libro, cuyos aciertos, sin embargo, no son pequeños. El primero lo constituye la poca elaboración imaginativa de los asuntos, tomados de la realidad de modo casi fotográfico. Pintura de un medio y sus personajes —el mercado, el mundo del joven provinciano en la capital, el aislamiento del emigrante indígena en la costa, el basural y sus tristes trabajadores— y expresión sumaria de sus conflictos, son las dos etapas del trabajo de Bonilla, quien por el deseo de ofrecer un panorama humano con el cual el lector simpatice tanto como él descuida la estructura necesariamente sorpresiva del cuento, el diálogo propio de tales seres (cosa inexplicable en quien es

autor de un excelente diccionario de la jerga popular) y la complicada índole de cada uno de los que intervienen en la situación considerada. Demasiado buenos ante la desgracia— casi siempre terrible—, los héroes de estas historias resultan un tanto acartonados. El se-



gundo defecto es que el autor se ha propuesto poner al fin de cada suceso la esperanza de una solución postrera absolutamente feliz. Es notoria, desgraciadamente, la receta que se ha decidido cumplir en cada final quien ha descrito dramas como "La sequía", cuyo último párrafo denuncia su condición de añadidura, y "La miseria humana", donde los aires de un discurso empañan, al concluir, la sencillez del relato.

A despecho de tales debilidades, Bonilla manifiesta virtudes narrativas poco comunes. No obstante que sus personajes son siempre grupos, ha sabido caracterizar a los individuos con dos o tres rasgos singulares. La fluidez de cada cuento, que se desliza sin tropiezos, demuestra que se trata de una pluma para la cual el idioma es antes un medio de comunicación eficaz que un lujo decorativo. Su sensibilidad para el dolor, un sentimiento que nunca rebasa

los límites de lo macizo y denso, se impone fácilmente en estas páginas, cuyo mayor mérito es, sin duda, dar su legítimo puesto a ese personaje que aún no ha sido, en la literatura de Lima, suficientemente aprovechado: el pueblo. Bien sabemos que en los ámbitos profundos de la ciudad existe una humanidad que transcurre sin que las clases dirigentes o medias hayan todavía valorado en sus múltiples posibilidades. Ese "proletariado interno"— como le ha llamado Toynbee— vive en un mundo aparte, y sólo su conocimiento puede disponer su debida integración al cuerpo social. Bonilla ha comprendido que uno de los caminos para conseguir la comprensión hacia tales masas es su presencia en la literatura, y lo ha logrado en casi toda la extensión del libro aquí comentado.

El cuento peruano, que en los últimos tiempos está adquiriendo un auge que promete a la postre una posible edad dorada del género, el más dificultoso de cuantos hay en la literatura narrativa, se enriquece con esta contribución de José Bonilla Amado, de quien hay que esperar frutos mejores. Este joven escritor —y he ahí una de sus calidades— no vacila, no tantea. El futuro le hará perfeccionar sus instrumentos de penetración y expresión, con los cuales habrá de darnos, gracias al tipo de sensibilidad que posee, un muestrario verdaderamente viviente del fondo populoso de la urbe, escenario de la gran tragedia de este tiempo.

(1) JOSÉ BONILLA AMADO, "La calle de las mesas tendidas", Editorial Nuevos Rumbos, 1957.